

dose en cuclillo ó abubilla para volar á refugiarse en el seno de nieve de una hermosa.

- ¿Y quién habria de ser esa beldad tan feliz?
- ¿Quién sino mi adorada Elisa, jóven y bella como Hebe la copera de los dioses, ataviada de encantos como Circe y llena de donosura, donosura sublime que podrian envidiar las mismas gracias Eufrosina, Aglae y Talia?
- ¿Y puedo creer que soy la única á quien dirige usted semejantes lisonjas?
- No son lisonjas, amiga mia, si no verdades que manan de mis lábios y germinan en mi corazon. Son hijas de una pasion fogosa, que solo usted me inspira y á nadie podria consagrar.
- Sin embargo, he visto ciertas cosas...
- ¿De quién, amable Elisa? Ni con los cien ojos de Argos verá usted jamás en mí una sola mala accion.
- Pues hoy he visto muchas, y su conducta de usted me tiene enojadísima.
- ¡ Mi conducta!
- Ya se vé que sí... obsequiando á todas las damas...
- ¡ Oh, no!... no.... Solo he dirigido á alguna que otra los cumplidos que la buena educacion recomienda.
- Pues ya sabe usted que yo no quiero que dirija cumplidos á nadie.
- Pero á lo menos el acostumbrado saludo.....
- No señor... no debe usted saludar á nadie.
- Me tendrán por un grosero.
- No importa.
- Me apellidarán la hidra de Lerna...
- Digan lo que quieran.
- El dragon de Colcos...
- Mejor.
- El buitro de Prometeo...
- ¡ Inconstante! ¡ Siempre haciéndome sufrir!
- ¿ Yo?
- Usted ¡ cruel! usted... ¿ No he visto yo que regalaba usted un dulce á doña Natividad?
- ¿ A la condesa del Arroyo?

- A la misma.
- Por Dios, Elisa, ¿y es posible que tenga usted celos de aquella es-  
finge con mas años que Metra?
- ¿Y quién es esa Metra?
- La bisabuela de Ulises, vea usted si será vieja la tal doña Natividad.
- Vieja ó no vieja, la estaba usted obsequiando.
- ¡Qué desatino! Si yo no puedo sufrir á las viejas. Le digo a usted  
francamente que á todas las arrojaría en las negras aguas del rio Aqueronte.
- ¿Y á las jóvenes no?
- Las jóvenes... Las jóvenes... no deben desaparecer...
- Ya... porque le gustan á usted todas...
- Solo una es el idolo de mi corazón, bien lo sabe usted, Elisa; pero  
bueno es que vivan todas para que rabien de envidia al contemplar los hechizos  
de usted. El caso es que me está usted reprendiendo, cuando soy yo el  
que tiene mil motivos de queja. Siempre veo á usted rodeada de impertinen-  
tes, que la están adulando...
- ¿Puedo yo impedirlo?
- Si yo tuviese la habilidad de forjar rayos como los ciclopes...
- ¿Qué haría usted?
- Un espurgo de rivales. La primera victima sería ese marqués jiboso,  
mas deforme que Priapo, rey de los sátiros, y tragon cual Heliogábalo. ¿No  
le daría á usted pena casarse con ese mónstruo? Capaz sería de comerse los  
hijos como Saturno.
- Calle usted, y no diga vaciedades. Demasiado sabe que ni mi corazón,  
ni mi mano serán nunca de nadie mas que de usted.
- ¿De veras? ¿Me lo promete usted?
- Lo juro. ¿Está usted contento?
- Soy el mas feliz de los mortales.
- Este amoroso coloquio fué interrumpido por los finos cumplimientos de un  
elegante jóven, que después de haber saludado á la marquesa de Verde-  
rama, con indecible complacencia del duque de la Azucena, habíase aproxi-  
mado á la hija de la casa para rendirle igual homenaje de galantería.
- Este jóven era don Eduardo, cuyo simpático rostro habia adquirido mu-  
chos quilates de interés desde que una ligera sombra de melancolía velaba  
sus espresivas facciones.

Las frases que dirigia á la hija de la marquesa, sin ser estudiadas ni alisonantes, rebosaban dulzura y sencillez. La jóven favorecida oíalas con agrado y contestaba á ellas con amabilidad, dando motivo á que don Agapito empezase á bullir de impaciencia, que procuraba disimular, ora arreglándose las descomunales puntas del cuello de la camisa, ora jugueteando con el cordoncito del lente, ó componiéndose el enorme lazo de la corbata.

La angustia de don Agapito duró breves minutos, porque no tardó don Eduardo en dejarle el campo libre; pues habíale atraído á aquella sociedad un motivo mas grave para él que el pueril placer de prodigar galanteos al sexo hermoso.

Habia recibido aquella misma tarde una esquelita de un personaje de grande influjo, concebida en estos términos:

« Querido Eduardo: Espero que esta noche nos veremos en la tertulia de la marquesa de Verde-Rama. Estás servido en el asunto que me encargaste. Te explicaré verbalmente lo que he logrado en favor de tus protegidas y no dudo que quedarás satisfecho.»

Además, en casa de la marquesa tenia proporcion de ver á otros muchos que tambien le habian hecho formal promesa de gestionar en favor de las infelices presas. Vióles en efecto y tuvo ocasion de hablarles á uno tras otro; pero recibió un nuevo desengaño de lo que son los amigos en la córte, todos ellos alegaron ridículas disculpas, y sacó en limpio que no habian dado un solo paso, después de haberle colmado de promesas y seguridades.

Por último presentósele como llovido del cielo el personaje de la esquelita, y tendiéndole con aire de proteccion la mano, díjole muy formal:

—Sea el parabien, querido mio.

—¿Cómo así?

—He logrado mucho en obsequio de tus recomendadas.

—¿Su libertad?

—No; pero su prision les será ya mas soportable.

—Espícate.

—En lugar de estar separadas, estarán madre é hija en una misma habitacion de la Casa-Galera.

—¿Y es ese todo el gran favor que has alcanzado?

—¿Te parece poco?

—Gracias, amigo, gracias por el interés que te has tomado en este asunto.

Desengañado y lleno de ira iba don Eduardo á salir del salon , cuando fué detenido por un personaje á quien no conocia.

— Caballero — dijo el incógnito. — Acabo de oír , sin querer , algunas palabras que me han descubierto los deseos de usted.... y afortunadamente estoy en situacion de poderlos satisfacer.

— ¿ Me será permitido saber á quién tengo el honor de hablar ?

— Mañana lo sabrá usted , si se digna acudir á mi cita.

— ¿ A qué hora ?

— A media noche.

— Iré..... pero á dónde ?

El desconocido sacó su cartera , escribió en una hoja con el lapicero , y la entregó á don Eduardo.

— Seré puntual — dijo el duquecito.

— No le pesará á usted — replicó el personaje misterioso , que era nada menos que uno de los gefes de la policia secreta.

¿ Cuál será la intencion del polizonte , complacer á don Eduardo , ó tenderle un lazo á traicion ? Las citas á media noche son de mal agüero. Los siguientes capitulos nos esplicarán este enigma.







## CAPITULO IV.

### LA CONFIANZA.

Madre mia, amores tengo,  
Lindos son à maravilla,  
No sé como me sostengo:  
Mi pena no oso decilla;  
Si queréis, madre, sentilla,  
Miradme cuando aqui vengo:  
Madre mia, amores tengo,  
.....

ANÓNIMO.

Mandatum novum do vobis, ut  
diligatis invicem, sicut dilexi  
vos, ut et vos diligatis invicem.  
S. JUAN, cap. 13, vers. 34.

Habíanse deslizado algunos dias desde aquel en que Cecilia y Enriqueta recibieron los agasajos del duquecito don Eduardo en el café de la *Cruz de Malta*. Este generoso y amable jóven, abrumado con las gestiones que le ocupaban incesantemente en favor de las dos desgraciadas, que por el único delito de ser esposa la una y la otra hija de un liberal, habían sido ferozmente encerradas en la Casa-Galera, sin que la desgarradora catástrofe de haber

presenciado la muerte de aquel anciano inocente, hubiese mitigado la vengativa saña de sus vérdugos, sentíase dominado por el afán de alcanzar la libertad de aquellas pobres mujeres, y este noble sentimiento, unido á la indignacion que la injusticia de los hombres hizo brotar en su corazón sensible, ocupábanle en términos que borraron de él los más dulces recuerdos. Don Eduardo había olvidado ya la singular y profunda impresion que hicieron en su alma los candorosos atractivos de la hermosa Enriqueta. Había olvidado aquella herida de amor; pero la herida existía aunque ahogada por la acerba tortura de ver padecer á la inocencia.

¡ Cosa admirable ! Un jóven lozano, que salía apenas de la sensual adolescencia y empezaba á sentir el fuego abrasador de la hermosa juventud, había olvidado los encantos de una niña seductora, por el afán de prestar su generoso apoyo á una mujer deforme y repugnante ! ¿ Y quién era esta mujer que tan marcada predileccion alcanzó sobre la hermosura ? Una pobre cubierta de harapos á quien el vulgo daba el denigrante apodo de *Bruja*, á quien los muchachos escarnecían y apedreaban por las calles ! Estas horribles circunstancias que en los orgullosos suelen enjendrar el desprecio hácia el desvalido, eran los atractivos que habían cautivado el noble corazón de don Eduardo.

.....

Hé aquí el jóven que presentamos por tipo de la juventud aristócrata. Así deseamos que sean los que se apellidan nobles. La verdadera nobleza es hija de la virtud, y cuando se blasonan ridiculos pergaminos, títulos heredados como diplomas de necia vanidad, sin que una sola accion benéfica justifique la nobleza de que se hace gala, semejante nobleza es bastarda y degradante, es una mentira que pronuncia el crimen. En este caso, los miserables que tan estúpidamente pretenden enaltecerse sobre los demás hombres, no tienen derecho á quejarse si levanta el pueblo su diestra soberana para aplastar la insolente cerviz del orgulloso.

Convénzanse los que se apellidan aristócratas, los magnates, los poderosos, los ricos, de que entre ellos y los demás hombres, Dios y la naturaleza establecieron la mas perfecta igualdad. El desnivel de fortunas, consecuencia inevitable de mil vicisitudes y causas infinitas, no da derecho á los ricos para avasallar á los pobres é insultar su indigencia con provocativas miradas de desprecio.

Tan insensata y absurda es la conducta de esos magnates frenéticos que tratan de erigirse en altivos señores estigmatizando á las masas populares con el sello de infamante servidumbre, tan inicuo y brutal es este proceder de la ciega ambicion de los poderosos, como anárquico, disolvente y criminal es el aserto de los flamantes abogados de los pobres que aseguran *que la propiedad es un robo hecho al pueblo y que este pueblo tiene derecho á exigir la restitucion de lo que se le ha arrebatado y apoderarse de las fortunas de cuantos poseen para repartirlas entre la comunidad.*

¡La propiedad un robo! Imposible parece que haya en el presente siglo hombres tan osados que tengan la avilantez de confundir la rapiña del bandido con la honrada adquisicion, el pillaje del facineroso con el galardón del talento, el botín del salteador con el fruto del trabajo.

Y estos hombres que empiezan la regeneracion del orbe por negar la existencia de su Criador, estos hombres que pretenden abolir la religion, el matrimonio y la familia, se dan á sí mismos el título de filósofos humanitarios, de celosos abogados de las clases desvalidas; pero en realidad no son mas que dementes, haciéndoles favor, porque si no hay en ellos desorganizacion mental, hay perversidad de corazón, hay satánica hipocresía, hay intencion depravada.

Arránqueseles esa máscara de aparente virtud que les cobija, y presentándoles en toda su deformidad, veremos que su decantada filantropía se convierte en la maldad mas horrenda.

¿Y creen conquistar el honroso título de filántropos insultando grosera y calumniosamente á todos los propietarios? ¿Creen poderse llamar benéficos defensores de los pobres, porque escitan á estos á sublevarse contra los ricos? ¡Delirio! ¡delirio horrible!

¡Diganlo sin ambages! «ASPIRAMOS Á LA MENGUADA GLORIA DE SER CAPITANES DE BANDOLEROS,» y entonces reconoceremos la veracidad de sus palabras.

En efecto, no son los pobres honrados los que resultan protegidos por las disolventes máximas de los *comunistas*, porque los pobres honrados, son amantes del trabajo, y el trabajo y la honradez son las mas sólidas bases de la propiedad. Únicamente los vagos, los crapulosos holgazanes dispuestos á perpetrar todo linaje de crímenes, constituyen la asquerosa clientela de los apóstoles del comunismo, de la espoliacion de la propiedad, de la abolicion de la familia. Llámense caudillos de vagos, capitanes de ladrones, abo-

gados de la disolucion social, y no insulten á la humanidad pregonándose sus mas celosos regeneradores.

¡ ABOLIR LA FAMILIA ! ¡ Mónstruos ! sois de peor condicion que las mismas fieras. El leon ama á su compañera , el tigre acaricia á su madre, la hiena se deja matar en defensa de sus hijos , y vosotros , sofistas insensatos , quereis arrancar del alma de los hombres los mas dulces sentimientos de amor !

«El cristianismo , ha dicho un escritor contemporáneo, el cristianismo que ha hecho tanto por la sociedad humana, conteniendo al hombre , obligándole á inmolar sus inclinaciones , á respetar la debilidad de la mujer y la del esclavo , ha formado la familia cual está. Para un padre una madre no mas, una raza de hijos no mas. He ahí lo perfecto de tan santa institucion. Inconstantes el hombre y la mujer en sus gustos , pueden , no cabe duda, dejar de seguir siempre la continencia que la ley cristiana ordena. Es muy raro verles igualmente amantes en la juventud y en la vejez , pero con el tiempo el afecto conyugal sucede al amor. El ser que se asoció á vuestros intereses durante toda la vida , que tiene el mismo orgullo , la misma ambicion , la misma fortuna , no podrá nunca seros indiferente ; y si el contacto continuo , estrechado , de vuestras existencias, produjo sinsabores, el dia en que la muerte os arrebatara el ser que formaba vuestra compañía , el vacío que sentís os prueba qué lugar aquel ser ocupaba en vuestra alma. Por otra parte ¿no quedan los hijos, móvil institutor de la familia? El esposo , la esposa , cuyos sentimientos sufrieron alteracion , se vuelven á hallar , se unen cuando se trata de aquellos seres queridos , objeto único de la vida cuando esta carece ya de objeto. Sufren por ellos , sufren cruelmente , pero ¡ ay ! que sufren mucho mas aun cuando no los tienen ! ¿Quién osaria , en efecto, arrancar del alma humana el sentimiento de la maternidad? Sentimiento amargo , dulce, delicioso , terrible , que vela en la hija , conserva su pudor , la acompaña en el lecho nupcial , ese sentimiento amado por ella , una vez madre , ese sentimiento que le hace amar á sus hijos cual á sí misma ; ese sentimiento que sigue al jóven en su azarosa carrera , después de haberle cuidado de niño y adolescente , que le acompaña temblando en la primavera de la vida , que sufre cruelmente de sus reveses , y que goza con delirio de sus venturas. Veces hay en que esa madre tan tierna consiente en ver á su hijo abrazar la carrera de las armas , pero cuánta zozobra al saber que se halla en la víspera de una batalla ! Cuánto gozo al saber que se ha cubierto de gloria ! ¡ Oh !

cierto, la infeliz sentiria desgarrársele el corazon si se lo presentasen muerto, aun cuando fuese sobre mil banderas cogidas al enemigo, y desgarrársele el corazon hasta desear la muerte, hasta morir quizás! Convengo en que el bruto mas digno de consideracion, el perro, tan preferido por el hombre, no tiene pesares tamaños. Quereis con vuestro sistema degenerar en brutos, abdicar el alma, cesar de ser criaturas libres, calculando bien ó estando errados en vuestros cálculos, gozando y sufriendo profundamente? Pues bien, arrancaos esa alma, caed sobre vuestros cuatro miembros, haced dos piés de vuestras manos, inclinad hácia la tierra esa frente destinada á elevarse hasta al cielo, *erectos ad sidera tollere vullus*, convertios en brutos y no sufris. » —

Los comunistas dicen á los pobres: no teneis nada porque os lo han robado los ricos. Vuestras escaseces, vuestras privaciones, vuestra insoportable indigencia tienen su origen en el actual estado de la sociedad, en que el rico lo es todo, y se desprecia al pobre como á un negro esclavo.

¡Hombres de las riquezas! ¡hombres del gobierno y del poder! desmentid con vuestros actos estas abominables acusaciones. Vean los pobres que lejos de ser sus opresores los ricos, son sus benéficos hermanos, y se evitará el sangriento panorama que presenta á nuestra vista Mr. Thiers en su famosa defensa de *La Propiedad*. «Se persuade al pobre de que el rico es causa de todos sus males, dice este célebre publicista, de que el estado social tiene la culpa de todo, ese estado social hecho para los ricos y por los ricos, de que toda la felicidad de que se halla desposeido, se le rehusa con intencion depravada. Al oír esto, el pobre ya desesperado en su indigencia, siente hervir la ira en su adolorido corazon y se lanza al robo y al asesinato... mata, se hace matar y multiplica de este modo sus acerbos padecimientos. Aquellos ricos que estaban muy ajenos de desearle mal alguno, y que por el contrario estaban dispuestos á emplearle, huyen ó se esconden, ocultan sus tesoros, le niegan el salario, y el pobre va á espirar de hambre y rabia en el umbral de las puertas de esos palacios silenciosos y desiertos donde sueña que reside la felicidad, y donde por el contrario no hay mas que espanto y desesperacion tambien, pues en presencia del pobre que se cree oprimido, el rico que se mira amenazado piensa en su defensa, y como no es menos valiente que el pobre, pues la educacion aumenta el valor lejos de disminuirlo, se prepara á dar la muerte al que la lleva á su morada. Terrible confusion, semejante

á la de un ejército en el cual los soldados se despedazan entre sí, engañados por las tinieblas de la noche y por la perfidia de un enemigo, que lanzando en la oscuridad el grito de alarma ha hecho que se precipiten unos sobre otros.»

Lejos pues de atizar esta sangrienta lucha entre ricos y pobres, procuremos que la insultante cuanto imbécil altanería de los ricos, así como la estúpida envidia de los pobres, se conviertan en sincera fraternidad, y una vez estirpado el cisma que amaga hundir á la humanidad entera, renacerán la calma y la felicidad para los hombres sensibles que profesen la sublime máxima del Evangelio: AMAOS LOS UNOS Á LOS OTROS.

Convénzanse los menesterosos de que lejos de proceder sus desgracias de la maldad de los ricos, hay ricos honrados que se afanan por aliviar la suerte de los desvalidos. Convénzase también á los ricos de que sus tesoros no les dan superioridad ninguna sobre las masas trabajadoras. Un artista, aunque pobre, es mil veces mas útil á la sociedad, que un conde ó un marqués que no sepa mas que guiar los alazanes de su tilburí. El mas infeliz jornalero es tan apreciable, si es laborioso y honrado, como el mas encopetado aristócrata. Tiéndanse pues mutuamente una mano fraternal, y Dios bendicirá esta reconciliacion precursora de eterna prosperidad.

.....

Hemos dicho que don Eduardo no sentia las consecuencias de una herida de amor que acababa de recibir, porque la acerba tortura de ver padecer á la inocencia, ahogaba el fuego de aquella naciente pasion, pero Enriqueta, la cándida niña, cuya turbacion reprendió su madre cuando estaban tomando café en la *Cruz de Malta* el dia de Santa Cecilia, no habia olvidado un solo instante las fascinadoras miradas del elegante cuanto obsequioso jóven que le habia regalado un lindo cucurucho de dulces.

Enriqueta, como casi todas las niñas, era estremadamente golosa, y aunque los dulces parecian de los mas esquisitos, apenas los habia probado, no por tenerlos en poca estima, ni por desaire, sino precisamente porque guardaba aquel regalo como su mas precioso tesoro, y sacrificaba el paladar al corazon, el gusto de saborearlos al placer de verlos á todas horas y suspirar de amor.

¡Pobre niña! sentíase enamorada, ciegamente enamorada de un jóven de la aristocracia mas distinguida, y ella pertenecia á una familia plebeyana.



era hija de un pintor, y esto la sumergia en tristes reflexiones.

—¿Qué motivos tengo para creer que un jóven de tan ilustre nacimiento se haya enamorado de mí? Las miradas que me dirigia no tendrian acaso mas objeto que el de una mera curiosidad. ¿Y los requiebros? ¡Estoy tan acostumbrada á oírlos!..... No parece sino que sea costumbre en todos los hombres elogiar á las mujeres..... Con todo, he oido siempre con cierta indiferencia y hasta con desprecio las ternezas de los hombres. Siempre me han parecido afectadas lisonjas, efímeras alabanzas, que si bien se complacia el oido al escucharlas, no llegaban al corazon, y la mente las condenaba sin demora al olvido. Sobre todo, las palabras afectuosas de los jóvenes que no pertenecen á familias de elevada clase, parécenme atrevidas, las escucho á veces con repugnancia y respondo con desden, como si fuese yo, necia de mí, hija de algun conde ó marqués. Mi buen padre funda su vanidad, su noble orgullo en la profesion que ejerce, y no puedo yo familiarizarme con la triste idea de no ser mas que hija de un pintor. ¡Hija de un pintor!.... es tan poco elegante esta posicion social..... y desgraciadamente soy tan ambiciosa... Quisiera ser reina de España. ¡Oh! si yo fuera reina de España, entonces sí que me quisiera el amable duquecito, y mi gloria, mi dicha, mi único afan, seria elevarle al trono y compartir con él mi régia autoridad, mis blasones y venturas. Pero ahora..... ¿á quién ha de enamorar la humilde hija de un pintor? Ocho dias se han pasado desde que ví al amable jóven de los negros ojos... ocho dias que me han parecido ocho siglos... y no le he vuelto á ver... porque sin duda me habrá olvidado. ¡Dios mio!... No me ama, no... Prefirió quedarse con sus amigos á la molestia de acompañarnos. Verdad es que mi madre se opuso á sus instancias; pero si me hubiese amado, hubiera persistido..... y nos hubiera acompañado..... y sabria nuestra casa..... y.... hubiera descubierto que era hija de un pintor, y me hubiera olvidado como ahora. ¡Qué infeliz soy! Hay señoritas tan graciosas en Madrid!.... Yo las veo en esas lujosas carretelas que cruzan calles y paseos... ¡Cuánto envidio su suerte!..... Y siendo tan lindas la mayor parte ¿no habrá una siquiera que no haya cautivado el corazon del jóven..... á quien sin esperanza adoro? ¡Válgame Dios, que desgraciada he nacido!

La inocente niña dejóse caer en una silla de su reducido dormitorio, y lloró largo rato sin acordarse de que eran las diez de la mañana, hora en que acostumbraba estar todos los dias haciendo labor en compañía de su madre.

Esta que habia notado ya la profunda melancolía que dominaba á la pobre Enriqueta, inquieta de no haberla visto en todo el dia, receló si estaria enferma, y con la zozobra y solicitud de una amorosa madre dirigióse apresuradamente al cuarto de la jóven y la sorprendió enjugándose los ojos.

—¿Qué tienes, hija mia?—le preguntó con acento cariñoso.

—¿Yo?...—respondió Enriqueta haciendo esfuerzos por sonreirse—nada, madre mia..... no tengo nada.

—Tú has llorado, Enriqueta... Tú me ocultas algun pesar.

—No por cierto, madre..... ¡Jesus! qué ideas tiene usted!..... Yo pesares al lado de unos padres que me quieren tanto!.... que se esmeran por darme gusto en todo... que no hay capricho mio, por impertinente que sea, que no satisfagan al momento.....

—Es verdad, hija mia, es verdad, no tenemos en este mundo mas delecticia ni mas ambicion que la de hacerte feliz. Pero tú eres una ingrata, Enriqueta.

—¡Yo ingrata! No me diga usted eso por Dios, pues ni en chanza puedo sufrirlo.

—Pues bien, hija de mi alma—prosiguió la buena Cecilia en tono maternal, asiendo á Enriqueta de la mano,—siéntate aquí, al lado de tu madre, junto á tu mejor amiga.

—Con mucho gusto.

Ambas se sentaron en un pequeño confidente.

—Creo, hija mia, que el acendrado cariño que te profeso, este dulce cariño de madre al cual correspondes tú con filial ternura llenando mi corazón de inefable gozo, me da algun derecho á tu confianza.

Enriqueta, cuyas virginales mejillas habíanse matizado de encendido carmin con la inesperada presencia de su madre, palideció de repente, y confusa y temblorosa, con la vista clavada en el suelo, permaneció en un profundo y misterioso silencio, entreteniéndose maquinalmente en jugar con las anchas cintas que de su delgada cintura pendían con donosura y estudiado abandono, y cuyo color de púrpura contrastaba con la mortal palidez de su rostro.

—¿Nada respondes?—prosiguió su madre ciñendo con su brazo izquierdo el breve talle de la turbada niña.

—¡Madre mia!—esclamó Enriqueta asiendo con sus dos manos la dies-



tra de Cecilia; y llevándola á los lábios inundóla de lágrimas y de besos.

— ¿Qué es esto?... ¡Pobre Enriqueta!... Vamos, sosiégate... y cuéntaselo todo á tu madre. ¿Qué te aqueja, hija mia?

— Me ha llamado usted ingrata...

— Ha sido una chanza... ya sé yo que tú me quieres.

— Mas que á mi vida.

Enriqueta abrazó á su madre con exaltacion, y permanecieron algunos segundos formando un grupo angelical, sin que el enternecimiento les permitiese articular una sola palabra.

Cecilia enjugó las lágrimas de Enriqueta primero que las suyas. Pasóse luego el pañuelo por los ojos, y procurando recobrar su serenidad, exclamó:

— Baste, baste ya de lloro. ¿Quién es tu mejor amiga?

— Usted, mi cariñosa madre... usted... ni tengo otra amiga en el mundo.

— Pues bien, cuando yo veo que no estás tranquila..... que hace dias que la tristeza te consume... ¿no he de tener derecho á preguntarte el motivo de tus inquietudes? ¿No sabes que estando tú triste no puede haber alegría en esta casa? ¿A qué viene pues la reserva? Si alguna pena acibara tu corazon, compártela conmigo... Así te será mas llevadera, hija mia, y tal vez hallaremos entre las dos el consuelo apetecido. ¿Estás acaso enojada con tu padre?

— ¡Oh, no!... no... nunca... Veo que cifra todos sus afanes en tenerme contenta... que me ama... como usted, madre mia... y hallo una delicia en quererle... lo mismo que á usted... con delirio.

— ¡Con delirio! ¡Válgame Dios!... ¡Qué sospecha me hace concebir esa espresion!

— ¡Una sospecha!

— Sí, querida mia — continuó Cecilia en tono cariñoso y jovial. — No que no! Los padres solemos ser como los niños mimados... muy egoistas..... Todo lo queremos para nosotros..... y mas de cuatro veces nos mortifican los celos. Tú acabas de decirme que amas con delirio...

— ¿Yo? — respondió Enriqueta sobresaltada.

— A tus padres.

— ¡Ah! sí.

— ¿Te arrepientes de haberlo dicho?

— Al contrario, madre, lo repito... porque es así la verdad.

—Lo creo, hija mía; pero... vamos; Enriqueta, contéstame sin rubor: ¿no amas á nadie mas?

Esta vez coloreóse como la grana el rostro de la inocente virgen, y con voz apagada y trémula respondió después de una breve pausa:

—Sí, señora.

—¡ Ah picaruela! — repuso la madre en tono festivo para dar ánimo á su hija.—¿ Con que ya te han flechado ese corazoncillo? ¿ Y ocultarás á tu madre... á tu amiga, el nombre del atrevido amante?

— No le he visto mas que unos cortos momentos, y en compañía de usted.

—¿ En mi compañía?

— Sí, señora.... aquel jóven elegante que nos pagó el café el otro dia, que me regaló dulces, que queria acompañarnos... y usted cometió la crueldad de no consentirlo...

—Acaba....

—Pues aquel gallardo jóven...

—¿Qué?

—Me habia estado mirando mientras estuvimos en el café.

—¿ Y qué mas?

—Es que me contemplaba de un modo tan.... así.... ¿ qué sé yo? Habia una espresion tan dulce en sus negros ojos... habia tanta bondad en su encantadora sonrisa... tanto atractivo en su interesante melancolía...

Enriqueta seguia elogiando al duquecito de la Azucena con todo el entusiasmo del amor, como si efectivamente no fuese madre suya la que estaba en su presencia, sino una amiga poseedora de todos sus secretos, á quien se complacia en darle una nueva prueba de íntima confianza.

—¡ Niña! ; niña! — gritó su madre al ver el enagenamiento de Enriqueta, — ¿ estás en tu juicio?

—Usted quiere que hable con franqueza.

—Verdad que sí, y te agradezco en extremo tu confianza; pero, hablando formalmente, hija mía, debes hacerte cargo de que si ese jóven te amase, te hubiera dado otras pruebas....

—Tiene usted razon... no me ama... y esta es la causa de mi tristeza.

—No seas loca, Enriqueta... Tú eres graciosa y linda, y nada tiene de particular que gustes á los hombres. Aviados quedariamos si te fueras á enamorar de todos los que te miren y requiebren. Ten juicio, hija mía, y pro-

cura no acordarte mas del tal caballero.

— Es imposible.

— No hay imposibles que valgan. Debes hacer un esfuerzo..... ¡Cuidado que es ocurrencia la tuya!.... ¡Irse á enamorar de buenas á primeras de un hombre que no sabes quién es!

— Sí lo sé, madre.

— ¿Sabes quién es ese jóven?

— Es un jóven muy amable.

— Todos lo son cuando meditan alguna conquista amorosa.

— Muy atento.

— ¿Porque te regaló dulces?

— Quería acompañarnos.....

— Y yo no lo permití, porque era un desconocido.

— No lo era para mí.

— ¿Le habias visto otras veces?

— Aquella fué la primera.

— ¿Y cómo sabes quién es?

— Sé su nombre y su posicion social.

— ¿Cómo así?

— Usted no paró la atencion.... ya se vé, ¿qué interés habia en ello? Pero yo no olvidaré nunca el nombre de Eduardo. ¡Qué nombre tan bonito!

— ¿Y cómo sabes que se llama Eduardo?

— Porque cuando este nombre resonó en el café, se le aproximó un mozo y le dijo: «señor duquecito, están llamando á Vucencia.»

— ¡Duquecito!

— Sí, madre mia, se llama Eduardo, es duque y tiene escelencia.

— ¡Es duque!

Cecilia quedó sumida en profundas reflexiones.

— ¿En qué piensa usted, madre?

— En nada — respondió Cecilia, disimulando mal que estaba dominada por graves meditaciones.

Después de una larga pausa, exclamó:

— Estaba pensando que es muy grande tu locura.

— ¿Por qué, madre?

— ¿Cómo quieres tú que un duque vaya á enamorarse de tí? Tú eres po-

bre, hija mia, y á esos grandes señores no puede inspirarles un amor puro la hija de un artista, por acreditado y honrado que este sea.

—Es verdad — respondió Enriqueta con melancólica persuasión.

—Debes olvidar para siempre á ese hombre.

— Procuraré hacerlo, madre mia; pero quisiera que mi padre no supiera nada.

— Al contrario, querida Enriqueta, es preciso que ahora mismo se lo participemos.

— Me da tanto rubor.....

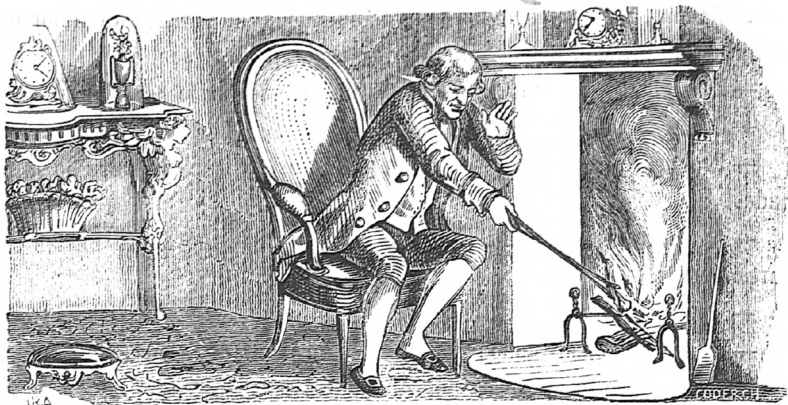
— Yo se lo explicaré todo, y él nos ayudará para que renazca en esta casa la alegría que ese tu insensato amor ha hecho desaparecer.

— Desde que he depositado mi confianza en el cariño de mi madre, creo sentirme ya con fuerzas para vencerme.

— Pues bien, un paso mas... hagamos participe á tu padre de esta misma confianza, y aliados los tres, no dudes, hija mia, que el triunfo coronará nuestros deseos.

Madre é hija se dirigieron al estudio del pintor.





## CAPITULO V.

### EL INSOMNIO.

Antes que en tus brazos  
Me mirase incauta,  
De hacerme tu esposa  
Me diste palabra.

Y abriendo las puertas  
Entró la muchacha,  
Que viniendo virgen  
Volvió desflorada.

HAMLET, *traducción de*  
MORATIN (D. Leandro.)

I am alone, alone!  
BYRON.

El mes de noviembre acababa de espirar.

Escaso resplandor que las bulliciosas y nacientes llamas de una marmórea chimenea arrojaban, daba cierto tinte fantástico á una estancia lujosa.

Destacábase de la oscuridad de su centro una mesa cubierta de blanquísimos manteles, sobre los cuales habia solo dos platos de china, uno encima de otro, que contenian una servilleta arrollada dentro de una argollita de

marfil. Había además, colocado todo con inteligencia, un tenedor y una cuchara de plata, un cuchillo con mango del mismo metal, un vaso, dos copas de elegantes y distintas formas, una botella con vino, y otra con agua.

Un hombre de aspecto respetable, cuya edad pasaba ya de los sesenta años, añadió un poco de leña al fuego, y después de revolverle con las tenazas y soplarle con los fuelles, sentóse en un cómodo sillón, desde el cual parecía holgarse en contemplar el chisporroteo de la lumbre y las trémulas llamas que brotaban de las rojas ascuas, y se elevaban en mil colores indefinibles, formando hermosos grupos que en incesante ebullición presentaban siempre un nuevo y singular espectáculo á los ojos de aquel anciano.

— ¡Pobre viejo! — decía para sí — esas llamas te divierten, como entretienen á un niño las fugitivas sombras de una linterna mágica. Los que llegamos á una edad avanzada somos dos veces niños. Pasamos la primera niñez sufriendo porque ansiamos que los años vuelen.... aquellos años en que todo el mundo tiene derecho á hacernos padecer.... ¡Siempre en la escuela!... ¡Con cuánto afán deseamos ser hombres para ser felices! Entonces nos parece un siglo cada año... y ahora... ¡válgame Dios, qué diferencia! Los años que ambicionábamos, llegaron con asombrosa rapidez.... y luego se alejaron... como los hermosos grupos que forman esas llamas... No hay mas sino que llegaron... se alejaron, y Cristo con todos. De la misma manera que pasan unos tras otros esos alegres dibujos de fuego, he visto deslizarse todos los goces que alimentaban el fuego de mi juventud.... pero este fuego de la vida se ha apagado... como se apagarán en breve esas llamas. ¡Cuán deleznable es la existencia del hombre! Sin embargo, bueno es procurar pasar días toda vez que es imposible detener su curso. Verdad es que los hay acia-gos; pero también los hay felices. ¿Qué le hemos de hacer? Tomarlos conforme vienen, y Cristo con todos.

En estas y otras semejantes reflexiones fué aletargándose el pobre viejo hasta quedar profundamente dormido.

Ardía á la sazón en toda su fuerza el combustible, y una luz radiante bañaba la magestuosa frente del anciano, que dormía dulcemente con el rostro caído sobre el pecho.

El resplandor del fuego daba realce á los preciosos muebles que adornaban aquel recinto lujosamente alfombrado, rodeado de taburetes cubiertos de terciopelo carmesí, que alternaban con cómodos sillones. En el lienzo

frontero al de la chimenea había una graciosa fuentequilla, cuyo caño salía del pico de un cisne de plata, y caía sobre una concha de mármol. Esta circunstancia, y la clase de cuadros que ornaban las paredes, no dejaban la menor duda que era esta pieza el comedor de un palacio. Algunos de los cuadros eran del famoso Van-es, que sobresalió en la escuela flamenca, y representaban aves muertas, pintadas con admirable naturalidad. Había otros que con aquellos rivalizaban en mérito artístico. Representaban varias frutas; pero ejecutados con la asombrosa maestría que inmortalizó el nombre de Menendez, célebre pintor español, acaso sin competidor en este género. Los demás eran escenas báquicas, la mayor parte excelentes copias de las mejores composiciones de la escuela alemana.

De repente sonaron las dos en un magnífico reloj que había sobre el mármol de la chimenea, entre dos grandes floreros con flores artificiales cubiertas por sendos guardapolvos de cristal.

A las sonoras vibraciones del reloj despertóse azorado el viejo que dormía, y encendiendo dos velas, colocólas en la mesa, diciendo:

—Ya no puede tardar. Pongamos esto corriente.

En seguida se puso á pasear por lo largo del comedor con los brazos cruzados en ademan meditabundo, hasta que al estrépito de un carruaje que parecía invadir la entrada del palacio, se distrajo de sus meditaciones. Cogió una de las dos velas de la mesa y desapareció.

Pocos momentos después apareció en el comedor el duque de la Azucena seguido del viejo de quien acabamos de hacer mención.

—Perfectamente, Ambrosio—dijo el duque á su criado dándole una fraternal palmada en el hombro—ya veo que eres precavido..... El frío es hoy irresistible, y has hecho muy bien en no andar escaso de lumbre.

—Si eso es reconvencción..... no viene á pelo—replicó el anciano con cierto aire de superioridad que suelen adquirir sobre sus amos los criados viejos, después de haberles servido luengos años con lealtad.—No es cosa de pasar aquí las horas muerto de frío aguardando que venga su excelencia del baile.

—¡Hola! ¿tratamiento? Que pronto se te sube la mosca á las narices. ¿Y por qué? ¿porque alabo tu conducta?

—Es que yo conozco á usted mejor que á mí mismo. Entiendo el tonillo en que se me habla y....

—Lo que es ahora, te aseguro que te has equivocado de lo lindo, pues lejos de hablarte con ironía, apruebo francamente que hayas encendido esa lumbre.

—Mejor es así, y yo me alegro de haberlo acertado. ¿Cena usted?

—No, Ambrosio, no tengo apetito.

—Aunque no sean mas que unas sopas...

—Nada, nada.

—Va usted á no poder dormir de frio.

—Tomaré una taza de té bien caliente.

—No estoy por ese método de entrar en calor.

—¿Por qué no?

—Porque es un método inglés, y á mi me gusta calentarme á la española. ¡Una taza de té! No hay duda que es alimenticio el recurso.

—Ya se vé que lo es.

—Como no tuviese usted otras provisiones de boca.....

—Nada me prueba mejor que el té. Abre los poros y escita la transpiracion, por manera que suda uno aun en medio del invierno.

—Eso es lo peor que tiene..... calienta de pronto, y por la misma razon que hace sudar, debilita y luego siente uno mas el rigor del frio.

—Pues bien lo bebias en Lóndres.

—Tuve que acostumbrarme á aquellos usos... y acompañándole con buenas tostadas de manteca y algunos huevos y buena leche, no me era del todo insípido. Pero señor, ahora estamos en España, y para que el calor corporal sea duradero, prefiero cenar á la española, intercalando unas sopas caldositas y un buen guisado con algunos tragos de Valdepeñas.

—Tú siempre has sido un tragon. ¿A que te gustaba mas la comida en Francia que en Inglaterra?

—No he pasado malos ratos en los *restaurants* de París. A lo menos no se comia en ellos la carne cruda como en Lóndres.

—Siempre has sido mas amigo de los franceses que de los ingleses.

—¿Yo amigo de los franceses? Bien sabe usted que tengo, como usted mismo, muy poderosos motivos para odiarlos.

—Pues ese casacon y esa peluca con que apareces tan respetable á los ojos de todo el mundo, es traje oriundo de la restauracion francesa.

—Me he aclimatado á él sin intencion, y á mi edad no es cosa de ir en



pos de los figurines para acicalarme á la moda. Con que ¿no se anima usted á cenar?

—No, tomaré, cómo he dicho antes, una taza de té.

—¿En la cama?

—No.... Aquí mismo.

—Voy por ella. Hay agua caliente..... no tengo mas que echarle algunas hojas de té, y Cristo con todos.

Mientras Ambrosio fué en busca del té, quitóse el duque el frac y se puso un leviton con pieles que al efecto habia dejado Ambrosio en el respaldo de un sillón, lo mismo que una gorrita de paño con visera como á la sazón solían usarse. Zapatillas de pieles sustituyeron á los zapatos de charol.

Hechas estas evoluciones de traje, sentóse el duque en un sillón junto á la mesa.

No tardó en reaparecer Ambrosio con el té.

—Déjalo ahí, que yo me lo arreglaré á mi gusto—le dijo el duque.

—Como usted mande.

—Ahora toma asiento.

El criado no se hizo de rogar y ocupó el mismo sillón junto á la lumbre donde poco antes habia echado un breve sueño.

Mientras el duque iba echando azúcar en la taza del té, entabló con su fiel criado la conversacion siguiente:

—¿Ha vuelto Eduardo?

—Hace dos horas que duerme.... Tampoco ha querido cenar. Sin embargo, tiene mas juicio que su padre. Rara es la noche que á las once no esté ya en casa.

—Demasiado juicioso en efecto..... Siempre se me antoja que está triste, y esto aumenta mi desazon. Así no podemos vivir. Esto parece un palacio encantado..... todo respira melancólica soledad. Yo no he nacido para vivir aislado, Ambrosio.... Aquí solo.... me consumo.... Las noches que no paso en acerbo insomnio, asáltanme horribles pesadillas.

—Es un castigo de Dios.

—Si Dios es justo, no debe castigarme tan severamente.

—La falta de usted ha sido muy grave.

—¿Grave?

—Sí señor, gravísima.

- Propia de todos los jóvenes.
- De los libertinos.
- Entonces pocos dejan de serlo.
- Desgraciadamente es positivo.
- Pues si tan grave era mi falta ¿por qué me ayudaste?
- Creí que las intenciones de usted eran mas honradas.
- ¿Hablas de veras?
- No es la primera vez que hablo á usted en estos términos.
- Y te vas haciendo insufrible.
- Porque no apruebo la conducta de usted.
- ¿Tan mala fué?

— Perversa. ¡Seducir á una pobre niña, de humilde condicion, sacarla del hogar paterno, establecerla en un palacio, y después de haberla hecho dos veces madre, abandonarla sin piedad! No tiene usted derecho á quejarse si es usted toda su vida infeliz.

— Tú mismo dices que abandoné á esa mujer, y ahí empezó mi arrepentimiento.

— Ahí empezó lo mas horroroso del crimen que ha de exacerbar incesantemente los sinsabores que hacen á usted desgraciado.

— ¡Ambrosio! — gritó con imperio el duque.

— Señor, — alegó el criado con dignidad — si le ofende á usted mi franqueza, arrójeme de su lado como arrojó á la pobre señorita: iré á pedir limosna; pero estará tranquila mi conciencia. Llamaré á todas las puertas para pedir pan, menos á la del palacio del duque de la Azucena. Su dueño tiene un corazon empedernido.

— ¡Eres muy cruel! — exclamó con abatimiento el duque. — ¡Muy ingrato! Cuando yo te colmo de beneficios, parece que tú hallas singular placer en lacerar mi corazon.

— Mas desgarrado tengo yo el mio, por haberse mostrado usted siempre sordo á mis consejos.

— ¿Y qué me aconsejabas tú, Ambrosio?

— Le aconsejaba á usted, que en vez de abandonar á la cándida joven que habia seducido, la hiciera su esposa, devolviéndole con tan noble proceder el honor que villanamente le habia usted arrebatado.

— ¡Ambrosio! — gritó otra vez el duque, destellando marcado enojo.

— Fui su cómplice de usted para seducir á la inocencia; esto nos hace iguales siempre que se trata de un crimen perpetrado entre los dos, y esta igualdad me autoriza á vituperar su conducta de usted. Cuando ya no hay en el mundo mas que una sola persona que esté en el horrible secreto, ¿quiere usted que esta persona enmudezca y no le arroje á usted continuamente en rostro su iniquidad? Esto seria hacer tambien á Dios cómplice de nuestro crimen; Dios no puede permitir que viva usted tranquilo, y por eso exalta mi fantasia hasta el frenesí con el recuerdo de la desastrosa muerte que sufrió mi señorita. Si usted no la hubiera abandonado, si la hubiera usted hecho su esposa, viviria aun... y acaso los dos serian ustedes felices.

— Eso era imposible.

— ¡Imposible!

— Tan solo el imaginarlo era delirar.

— ¡Delirar! ¿Por qué razon?

— Ya te lo dije entonces. Tú no entiendes de estas cosas, buen Ambrosio.

— Demasiado las entiendo. Los grandes señores, los hombres que atesoran riquezas bien ó mal adquiridas, créense autorizados para cometer impunemente todo linage de excesos. Ven á una linda jóven, y les basta saber que es pobre para no arredrarse por los medios de seducirla. Le juran ternezas, prodigan el oro, la fascinan con promesas de fingida honradez.... cede la incauta niña á tantos halagos, se perpetra el crimen, y Cristo con todos. Satisfecho ya el brutal apetito, las molestias del hastio reemplazan los gérmenes de la pasion que se marchita á la par que la purpurina rosa del honor de la niña.

— Tu elocuencia es impertinente, Ambrosio..... Cesa ya de una vez..... Me martirizas con esos recuerdos.

— No es mia esta elocuencia.... Me la inspira Dios.... porque si los ricos no hallan en este mundo quien castigue sus demasias, la justicia de Dios alcanza á todos.

— Demasiado lo sé, Ambrosio, y te juro que mi arrepentimiento es sincero.

— Ahora es tarde ya.... ¡No existe la desgraciada! ¡Yo la ví morir! Cuando vivia podia usted haberla desagraviado.

— No era posible.

—¿Por que era pobre?

—Pobre y de humilde condicion.

—Era virtuosa.

—Pero no era noble.

—¿Y por qué no reparó usted en todos esos inconvenientes, antes de seducirla?

—Qué sé yo..... Confieso mi falta; pero hace tanto tiempo que la estoy espiando!.... Tú mismo ves que son espantosas las pesadillas que de continuo me atormentan!... Ellas.... y tú.... he aquí mis torturas! Tú, Ambrosio, á quien he querido siempre como hermano.... me estás martirizando.... Ten, por Dios, compasion de mi....

El duque se levantó, se acercó á su criado y pronunció con tanta emocion sus últimas palabras, estrechando fraternalmente entre las suyas las manos de Ambrosio, que el anciano se enterneció, y después de enjugarse una lágrima, dijo en tono consolador:

—Dios quiera apiadarse como yo de ese arrepentimiento, que aunque tardío es un destello de virtud.

El duque volvió á su asiento.

—Sí, mi buen Ambrosio, Dios se apiadará de mí.

—Y yo tendré en ello una verdadera satisfaccion.

—Lo sé, amigo mio, lo sé.

—Conozco, señor, que soy insoportable cuando me abandono á ciertas reflexiones, que no debiera ya alimentar, pues se trata al fin de un desliz de la juventud, que no tiene remedio. Dice usted bien, me llena usted de beneficios, y le pago con ingratitudes. Desde ahora prometo enmendarme y no molestar á usted mas con intempestivas reconvenciones.

—Mucho te agradezco tu resolucion, Ambrosio.

Este virtuoso anciano habia nacido en casa del duque, habia sido su compañero en la niñez y su confidente en las travesuras de la juventud. Era fiel depositario de todos sus secretos, y solo por estas poderosas razones sufría el duque, á pesar de su genio altivo, las impertinentes reconvenciones del sexagenario regañon.

—¿De veras, cree usted vivir tranquilo? —Preguntó con afecto el viejo Ambrosio á su amo.

—Confío en Dios que se acabarán pronto estos padecimientos.